

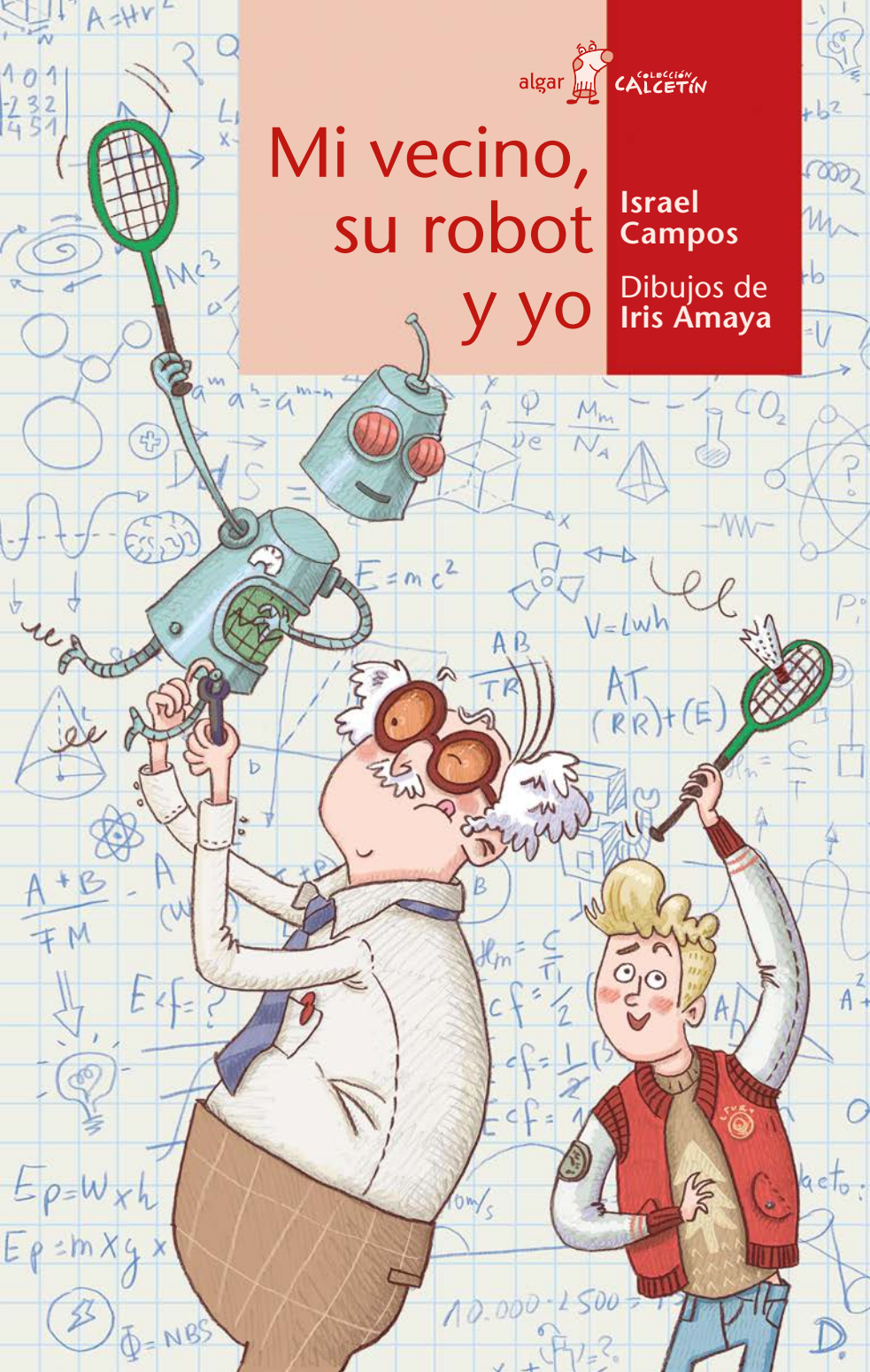


COLECCIÓN
CALCETÍN

Mi vecino, su robot y yo

Israel
Campos

Dibujos de
Iris Amaya





El susto

¡BOUUUUUMMMM!

La explosión cogió a la familia de Samuel en el preciso momento en el que empezaban a cenar. Azucena, la madre, que estaba llenando de agua los vasos, la derramó por toda la mesa. El padre, Dani, se empapó toda la camiseta cuando la cucharada de sopa del cocido le cayó encima. Samuel sintió que todo aquello sucedía a cámara lenta.

Menos mal que no duró más de cinco segundos.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Dani pálido, sin ni siquiera notar que la sopa estaba muy caliente.

—No lo sé —respondió ella—. Samuel, ¿estás bien?

—Sí, mamá.

–Vamos a hacer una cosa –dijo Dani–: nos vamos a levantar muy despacito y, con mucho cuidado, veremos si la casa sigue entera.

Samuel y Azucena asintieron. Primero fueron al salón, donde vieron varios cuadros por el suelo, lo mismo que los restos del jarrón que la abuela les había regalado no hacía mucho tiempo. Unos cuantos libros de la estantería se habían caído e, incluso, un par de sillas. Luego pasaron al baño, donde descubrieron que no había pasado nada. La habitación de Dani y Azucena estaba intacta, salvo que el único cuadro que tenían ahora colgaba de una sola esquina. En la de Samuel, varios muñecos de *La guerra de las galaxias* se habían caído de la estantería y estaban esparcidos por la alfombra.

–Bueno, a nuestra casa no le ha pasado nada –dijo Dani algo más aliviado–. Nada grave, quiero decir.

–Puede que le haya ocurrido algo a algún vecino –opinó Azucena.

–Vamos a ver –respondió él.

Salieron y se encontraron que, en las escaleras, varios vecinos habían dejado sus casas y hablaban entre ellos.





Reunión de vecinos asustados

El rellano de la escalera era un hervidero de vecinos que iban y venían de un lado a otro con cara de susto donde era imposible entender nada porque todos hablaban al mismo tiempo. Y, para colmo, un extraño humo de color verde claro flotaba en el aire.

—¡El gas! —decía don Balbino, que era un señor que entendía mucho de todo y que, con su bigotito bien recortado y su batín de tela brillante, parecía un millonario. Además, era el presidente de la comunidad, un cargo que se tomaba muy en serio—. ¡Les digo que ha sido el gas! ¡Hombre que sí! ¡El gas!

—Nada de gas —respondió doña Adelaida—. ¡Eso ha sido la caldera de alguien, que ha reventado!

¡A un vecino de mi hijo le pasó lo mismo! Desde entonces mi hijo siempre me dice: «Mamá, mucho ojo con la caldera». ¡Yo siempre me aseguro de que, antes de ir a dormir, la mía esté apagada!

—¿Sabe alguien qué es este humo verde tan raro? —preguntó Antonio, el chico del bajo.

—¡No será venenoso! —exclamó, asustada, Micaela. Su marido, al lado, usaba su propia mano como abanico para dispersar el misterioso humo—. ¡Yo les he dicho a mis niñas que, por si acaso, no salgan!

De nuevo, todos a hablar al mismo tiempo. Samuel pensó que, si aquel humo era venenoso, el edificio entero no tendría salvación, pero luego comprendió que muy venenoso no podía ser porque todos estaban allí vivitos, coleando y hablando a gritos.

—A ver, vamos a calmarnos y a no ponernos nerviosos —intervino Dani—. Lo primero: ¿hay algún herido?

Todos respondieron que no.

—Bueno —siguió—, ¿alguien tiene alguna idea de qué es lo que ha pasado? Porque, lo que soy yo, no noto olor a quemado ni nada parecido.

—No —dijo don Balbino—. Es más, me huele a sopa de cocido.

Samuel rio, pero su padre no dijo nada.

—Pues este humo —intervino doña Jerónima, una vecina que había llegado hacía un par de me-

ses— tiene que venir de algún sitio. Es más, yo creo que se está volviendo naranja.

Todos miraron a su alrededor y, en efecto, pudieron comprobar que el humo misterioso estaba cambiando de color.

—¡Ay, madre! —se quejó Micaela—. ¡Que tengo razón! ¡Que es venenoso!

De nuevo, todos a hablar al mismo tiempo.

—¿No se habrá dejado alguien algo en el fuego? —preguntó un vecino.

—Y, aun así —respondió una chica que se llamaba Mariví—, no creo que ninguna comida, al quemarse, eche humo que cambia de color.

Y es que el humo era ya de un perfecto color naranja.

—¡Gas! —soltó don Balbino señalando al techo con el dedo—. ¡A mí no me quita nadie de la cabeza que esto es gas! Acuérdense de mis palabras: ¡gas!

—¡Vecinos! —los llamó Carlos, un chico que iba en bicicleta a todos lados—. ¡Creo que el humo viene del segundo!

Todos, picados por la curiosidad, bajaron hasta el segundo piso, donde, por cierto, había mucho más humo. Nada más llegar, intercambiaron miradas para luego dirigirse a la puerta del segundo B.

De ella salía aquel humo como si fuera una chimenea.



Muchas preguntas y pocas respuestas

—¡Por todos los cielos! —exclamó don Balbino—. ¿Cómo no se me había ocurrido? Si esto tenía que pasar. ¡Tenía que pasar!

—Un día, este hombre va a cometer una locura de las gordas —dijo Mariví—. Y, lo malo, es que nosotros vamos a estar en medio de todo.

—Mi Reina —añadió doña Amparo, la vecina del segundo A, refiriéndose a su gatita— le teme más que al demonio. Hace unos días, cuando él salía de casa, la pobrecita fue a hacerle un arrumaco y acabó saliendo disparada como alma que lleva el diablo. ¡Yo creo que le tiene miedo! ¡Con lo buena que es, mi pobrecita!

—Bueno, calma, calma —intervino Dani—. Veamos, supongo que será mejor llamar.

—Llame, llame —le animó don Balbino—. Pero tenga cuidado, no sea que la puerta le estalle en las narices.

Dani prefirió no hacer caso de aquel comentario y tocó tres veces el timbre.

—¿Don Pablo? —llamó—. ¿Está usted ahí?

Como respuesta, silencio, aunque el humo no dejaba de salir.

—Llame usted otra vez —insistió doña Jerónima—. A lo mejor no lo ha oído.

—¡Don Pablo! —repitió él, solo que más alto, a la vez que daba tres golpes a la puerta—. ¿Está usted bien?

De nuevo, silencio. Los vecinos se miraron unos a otros. Unos tenían cara de temor. Otros, de curiosidad. Y la mayoría, de enfado. Y es que aquella no era la primera vez que don Pablo les daba un buen susto.

—¿Creéis que le habrá pasado algo? —preguntó, al fin, Micaela.

—A lo mejor alguien debería llamar a la policía —opinó su marido.

—O a los bomberos —añadió don Balbino.

—O a una ambulancia —intervino Azucena—. Esa explosión no ha sido muy normal.

—Con este caballero nada es normal, se lo digo yo —dijo don Balbino.

—Pues razón de más —siguió Azucena—. Lo mismo está inconsciente y no puede hablar.

Entonces, del otro lado de la puerta, se oyeron unos ruidos. ¡CLANK! ¡BOM! ¡TOC! ¡PATAF!

—¡Está vivo! —exclamó Dani aliviado—. ¿Lo han oído? ¿Está ahí dentro!

—Puede que esté herido —opinó don Balbino.

—No sea usted gafe.

Micaela, sin pensarlo dos veces, llamó unas treinta veces seguidas al timbre.

—¿Quién es? —se escuchó una voz tras la puerta—. ¡No quiero nada, no me interesan las compañías de teléfonos y tengo de todo, así que váyase!

Los vecinos, de nuevo, intercambiaron miradas de sorpresa. Don Balbino se llevó su dedo índice a la sien para indicar que don Pablo estaba loco.

—¡Don Pablo! —contestó Dani—, ¡somos sus vecinos! ¿Está usted bien?

—¡Huy, sí, de maravilla! Hala, hala, a sus casas, que hay que cenar y dormir.

—Pero es que hemos oído una explosión muy grande y...

—¿Explosión? —le cortó don Pablo—. ¡Pues yo no he oído nada!

—¡No diga que no, que sabemos que usted tiene la culpa! —gritó, de repente, Micaela. Su marido la cogió por un brazo porque, todo hay que decirlo, ella tenía un genio muy malo.

—¿Yo? ¿La culpa de qué?

—¡De esa explosión! —contestó ella.

—¿Qué explosión?

—Pero vecino —dijo don Balbino—, que vemos salir humo de debajo de su puerta.

—Este... ¡Es que se me ha quemado un poco el huevo frito!

—¿Y desde cuándo los huevos fritos echan humo naranja al quemarse? —preguntó Mariví.

—¡Váyanse a casa!

Los vecinos, enfadados, comenzaron a hablar entre ellos. A pesar del escándalo que había, las palabras «loco», «chiflado» y «peligro» se pudieron oír a la perfección. Y varias veces.

—Pero hombre —explicó Dani con tono muy razonable—, estamos muy preocupados. Entre la explosión y este humo...

—¡Pregúntele si es venenoso! —intervino Micaela. Él le hizo un gesto con la mano para que se calmara.

—Miren, no pasa nada —dijo don Pablo desde el otro lado de la puerta—. Muchas gracias por preguntar. Hala, hala, vayan a sus casas. No les puedo atender porque... este... estoy terminando de hacer cordero asado y se me va a quemar.

—¿No era un huevo frito? —preguntó Micaela.

—¡En mi casa cocino lo que me da la gana! —respondió don Pablo enfadado—. ¡A casita, que llueve!

Y, de nuevo, ¡PLOM!, ¡CRACK!, ¡BLAM! Estaba claro que don Pablo no tenía intención de abrir



la puerta, pero, por lo menos, dio a entender que estaba bien. Los vecinos, vencidos, decidieron regresar a sus casas. Unos más calmados pero otros, la mayoría, enfadados, diciendo que aquello era una vergüenza y que las chifladuras de don Pablo les traerían una desgracia. Por suerte, mientras regresaban, el misterioso humo comenzó a desaparecer.

Samuel y sus padres decidieron que lo mejor era terminar de cenar. Por supuesto, el tema de conversación fue el misterioso vecino del segundo B.